

DIBUJAR EL SILENCIO

“EL DESIERTO DE LOS TÁRTAROS” (2025)

Michele Medda y Pasquale Frisenda.

Basado en la novela original de
Dino Buzzati.

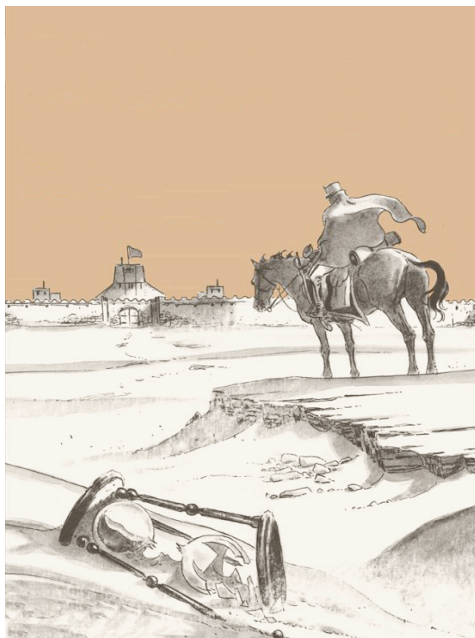
Altamarea, Madrid. 176 pp.

El soldado atraviesa la vasta llanura a caballo. Su porte cansado y resignado nos impide saber cuántas veces ha repetido ese trayecto de vuelta, pero sospechamos que van unas cuantas. Tampoco sabemos la edad ni el cometido de su ausencia en la fortaleza Bastiani. Su nombre es Giovanni Drogo.

Medda y Frisenda se imponen el duro trabajo de adaptar al cómic una de las novelas más desasosegantes del siglo XX: *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati. Esa tarea implica trasladar a la novela gráfica, que nos trajo Altamarea el pasado mes de septiembre, la corriente de conciencia del joven oficial, cuando es destinado a su puesto en Bastiani. Buzzati retrata como nadie los sueños, anhelos y flaquezas, el paso inclemente del tiempo, estirando una interminable noche durante diez o doce páginas o el resorte cruel de varias décadas al pasar la página. Y el silencio, sobre todo. A ver cómo dibujas el silencio que flota entre los muros de esa novela.

Medda y Frisenda lo consiguen. Añaden fragmentos de la infancia de Drogo que en la obra original no estaban. El niño Drogo sueña con emular al coronel Aurelio Scipioni, una leyenda de la ciudad y de la fortaleza Bastiani. Hay cons-

tantes sutilezas en la puesta en viñeta, como los cuadros que hacen referencia al tiempo o contradicen la cultura castrense. Vemos numerosas pinturas que representan el mito del dios Marte, de Sísifo cargando la pesada piedra, de Napoleón en su exilio, entre otros. Además, hay una obsesión por la figura del maniquí, ataviado con el uniforme, simbolizando la despersonalización del soldado. Hay plantas secas y mustias en los despachos de los oficiales.



Drogo sueña recurrentemente con un carruaje tirado por caballos de juguete, augurio de su final, recuerdo de la infancia y de la futilidad de su tarea en la fortaleza. El paisaje salvaje, inhóspito, que rodea el enclave militar posee referencias al maestro Giorgio de Chirico. Vemos, por ejemplo, ciclópeas montañas que podrían dibujar la silueta de un Talos caído, enterrado en la nieve. Vestigios de antiguas glorias militares. De tiempos que quizá nunca sucedieron y

que han sido distorsionados por la dialéctica bélica.

Todos esos elementos están ahí, actuando en el inconsciente del lector. Se va elaborando un discurso secundario, que tamiza el principal, y nos antecede que los principales enemigos de la fortaleza Bastiani son el tiempo y el orgullo castrense. Nadie se quiere mover de esa condena, donde nunca pasa nada o está a punto de suceder y los dos pesos que los mantienen allí presos son el tiempo y el belicismo.

Buzzati y los autores de esta adaptación gráfica recogen la diferencia entre Cronos y Kairós. En la antigua Grecia, Cronos representa la linealidad, el tiempo cuantitativo y registrable, como el de los relojes, calendarios y agendas, mientras que Kairós es el tiempo cualitativo y oportuno, el momento justo y de oportunidad para la acción. Cronos representa el tiempo que pasa inexorablemente, mientras que Kairós es un momento fugaz y potencial, que debe ser aprovechado para obtener suerte y felicidad.

Estos dos conceptos están en pugna en la fortaleza Bastiani. Llevan siglos peleando, usando a los pequeños soldados vestidos de uniforme como marionetas. Podemos decir que el cómic consigue retratar esta partida infinita con su sabiduría secuencial. Deja la misma huella desasosegante de la obra original, pero con más nervio, pues casi podemos oír el tic tac del reloj de esa última viñeta, rasgando el silencio del desierto de los tártaros.

Ignacio Nava Laiz